

ARQUITECTURA Y NATURALEZA

Ha escrito el arquitecto francés Pierre Vago que «De todos los artistas, el arquitecto es seguramente el que más estrechamente depende del dinero». Y no porque el arquitecto lo quiera así, sino porque sus obras las realiza por encargo. Y da lo mismo que el encargo lo haga un particular, una empresa constructora o un organismo estatal. El arquitecto tiene que subordinar la concepción de su obra a los intereses del que le manda trabajar. Al arquitecto se le pide que realice un proyecto casi siempre utilitario. Predomina el gusto del cliente y, sobre todo, los intereses de éste. ¿Habrá algún arquitecto que por su gusto hubiera levantado muchos de los barrios periféricos de Madrid? Con la particularidad que de estos barrios periféricos los peores concebidos y realizados son los que el cliente no ha sido un particular. El arquitecto en estos casos tuvo que luchar con Comisiones donde todos expresan su opinión, con ubicación en lugares poco adecuados para levantar viviendas —creando el gigantismo de las ciudades, con sus problemas de transportes públicos—, economía en los materiales, particularidades de situación porque las líneas dadas por los Ayuntamientos no son las más convenientes, etc. Ante una anchura ventana o una zona ajardinada, un Ayuntamiento puede ser un impedimento para desarrollar una obra estética. ¿Qué otro artista está sujeto al «servilismo» del arquitecto? Creo que ninguno.

La arquitectura debe entenderse como asociada al arte y dependiente de los problemas económicos, políticos o sociales. La arquitectura es viviente: tiene pasado, presente y futuro. Es historia, es arqueología y es tecnología. La idea de una construcción provisional, ya sea para habitación, escuela, dispensario, tanto en el medio urbano como en el rural, es un contrasentido. Por otra parte, la arquitectura no puede estar contra el paisaje y contra la naturaleza de no pocos lugares. Desaparecido el paisaje y destruidas las zonas de abastecimiento agrícola, ¿qué quedará de estos lugares? Se habrá matado la poesía del paisaje y se encarecerán los productos alimenticios. Hay que pensar con Nietzsche que la felicidad del hombre debe «oler a tierra y no a desprecio de la tierra».

Ejercer la arquitectura con sentido de progreso supone oponerse a las zonas de «gangrena urbana», destruyendo árboles, jardines, espacios verdes; limitando incluso el sol y el aire. «La arquitectura moderna —se ha dicho— ha de entenderse como un servicio público, incorporándose disciplinada y orgánicamente a conceptos generales de planificación». Pierre Vago, acumulando toneladas de razón, dice también: «Las relaciones entre la arquitectura y el dinero son innumerables y adquieren las formas más inusitadas y diversas. De esta manera, la mayoría de las obras solicitadas a los arquitectos deben producir renta, lo cual no acontece con un fresco o con un grupo escultórico...». «Si se admite que el arquitecto es un artista, la uniformidad de las tasas de los honorarios es inconcebible. Inténtese aplicarlo a la pintura o a la escultura: Picasso remunerado a tanto el metro cuadrado, Rodin, el peso... ¡y la misma tarifa para todos!».

Diría que la arquitectura en nuestro país, sobre todo en las ciudades, ni respeta el tipismo —el pasado histórico— ni, tampoco, realidades técnicas estimables como prácticas. Se construye de espaldas al fenómeno urbano; y haciéndolo mal del todo, son todavía peores las construcciones rurales. Uno tiene que recordar la frase del pintor Nicolás Poussin: «El tiempo no perdona lo que se hace sin contar con él».

No cabe duda que las ciudades dan la medida del hombre. De la ciudad se está haciendo un desierto: un desierto de asfalto y de cemento. No contribuirán las ciudades de hoy, con su homogeneidad, con su gigantismo desordenado, al enfriamiento a que se ha llegado en los propios sentimientos? El hombre está esclavizado por la ciudad y preso de su ambiente. Se han cerrado hasta los huecos de luz en edificios y de ciudades y pueblos de la Costa del Sol. Pero hay más: en la periferia de Madrid se han levantado colmenas, mal construidas, junto a instalaciones industriales, sin apenas servicios públicos. Estos edificios denuncian tanto el invierno como el verano. Son un desconsuelo para quienes las habitan. La arquitectura no puede ser un lujo para grupos privilegiados. La arquitectura «ha de entenderse como un servicio público». La casa tira no poco de los sentidos. Quizá convenga pensarlo.

Hay que exigir una arquitectura que esté lejos de sentirse sólo «funcional», de edificar para edificar. La arquitectura es una de las formas del arte y no puede quedar sometida únicamente al dinero. ¿Cómo sustituir en las ciudades los edificios empobrecidos por el tiempo o empobrecidos, por ser ya un negocio, antes incluso de habitarlos? ¿Cómo sustituir los horribles edificios construidos rompiendo el paisaje urbanístico de algunas ciudades? El color de un barrio, por noble o por típico, debe defenderse. El hombre no puede vivir rodeado sólo de casas gigantes, sin árboles, sin flores, sin apenas ver el azul del cielo o las nubes, sin pájaros, sin nada que sea naturaleza.

Pensemos con Nietzsche, tanto o más con realismo que con filosofía, que la felicidad del hombre debe «oler a tierra y no a desprecio de la tierra». (Pyresa)

J. M. NAVEROS

actualidad



NUEVA RIOJA 18 de febrero de 1972



LOS LIBROS

Las campañas de alfabetización han cubierto unos logros muy positivos. La enseñanza general extiende por días su campo de acción, siquiera sea en sus niveles básicos. Son ya muy pocas las parcelas que permanecen cerradas al estímulo de la cultura. Utiliza ésta en su afanosa tarea muchos instrumentos adecuados a los fines propuestos, incrementados cada jornada con las nuevas aportaciones de la ciencia y de la técnica.

Pero el vehículo sustantivo, tanto en una primera toma de contacto, como luego, sobre todo, en su ampliación, es y será siempre el libro. El libro es el más democrático de cuantos bienes puede poseer el hombre, y a la par, el más necesario. Para quien se inicia en el campo limitado de la cultura, por que encuentra en él los conocimientos y las orientaciones que anhela. Para quien domina ya una parcela del saber, por la sencilla razón de que pueden y deben atraerle otras, de un lado, y, de otro, porque vivimos en un mundo de permanente evolución y no podemos limitar-

nos a conocer una materia tan sólo «hasta hoy».

Cada día se producen innovaciones y procedimientos nuevos que amplían la esfera posible del quehacer humano y, necesariamente, precisamos seguir el tanto de la realidad, sin permitir que ésta, en nuestro campo profesional o de vocación, nos adelante y margine. En otro aspecto, el libro es uno de los medios más idóneos para cubrir nuestro descanso, nuestro reposo, para «salirnos» un punto de la obligación que ocupa la mayoría de nuestras horas, para convertir en un hecho positivo, en definitiva, la civilización del ocio que caracteriza nuestro tiempo.

El mundo editorial tiene plena conciencia de ello. Seguramente por esto se han incrementado tanto en los últimos años las ediciones llamadas, genéricamente, «de bolsillo», asequibles a todos por su precio. Subsisten, claro es, aquellas personas que compran libros según los metros disponibles en los anaqueles de su estantería, o de acuerdo con el color utilizado en la piel de sus en-

cuadernaciones, para que «no desentonen» con la decoración del cuarto al que se destinan.

Pero se trata de minorías que, por ende, no merecen siquiera un leve comentario. Lo que nos preocupa es lo otro, las ediciones populares, llámense como se llamen, aptas para responder a unas necesidades auténticamente sociales. Pensamos que alguna de estas obras alcanzó ya en España tiradas de hasta tres cuartos de millón de ejemplares, cifra verdaderamente insólita entre nosotros apenas hace unos años. Existe ya una clara conciencia nacional en torno al carácter indispensable del libro, y sus resultados prácticos dependerán de una misión conjunta de cuantos organismos y entidades, públicos o privados, se relacionan con este propósito de extensión educativa. Podríamos decir que casi se ha logrado ya que todos los españoles quieran libros; sólo resta, pues —y estamos muy avanzados en el camino de lograrlo—, que, en efecto, haya libros para todos.

GAYTAN
PYRESA

LOS COLORES

Las cosas son, al entender de algún filósofo, «diferencias que nosotros ponemos en ellas». Así resulta que las diferencias que ponemos las definen.

Generalmente, las distinguimos con palabras, aunque no siempre sirvan las mismas palabras para definir las mismas cosas. Con la lengua hablada o escrita pueden hacerse toda clase de malabarismos, hasta el de arrojar con una sola palabra cosas distintas.

Para no caer en el vicio de la imprecisión, los japoneses no diferencian las cosas con palabras, sino con colores. Evidentemente, ganan tiempo y se evitan quebraderos de cabeza. Un color será siempre un color y el concepto o la idea que representa no podrá cambiar nunca.

Es claro que esta simplificación o «colorización» de las cosas, tanto de las importantes como de las triviales, no pervive en los usos de Japón por el analfabetismo de los japoneses prácticamente inexistente. Allí lee y escribe todo el mundo y sólo así se explica que entre tres periódicos de Tokio totalicen una tirada diaria de veinticinco millones de ejemplares. Lo que pasa es que el japonés prefiere el color a la definición escrita.

En un reciente viaje al Japón, cada grupo de la comitiva, e incluso cada subgrupo, estaba diferenciado por un color al que correspondía un hotel determinado. Luego, dentro

del hotel, los colores del vástago de las llaves indicaban la planta. Era difícil equivocarse.

De hecho, el mismo tratamiento sirve para los conceptos. Al aplicarle un color a la cantidad, otro a la dignidad o a la envidia, queda perfectamente definido y limitado su valor. Si el blanco indica cantidad, no cabe el juego dialéctico de inventar una cantidad que no sea precisamente «ese color». La gente no lo entendería. Y lo mismo sucede si el azul es libertad, porque ningún otro color podrá sustituirlo sin que el sencillo japonés de la calle descubra el truco.

El empleo de los colores para diferenciar las cosas es un invento muy ingenioso de la imaginación oriental. Las almas simples lo entienden enseguida y advierten de golpe su escasa capacidad de engaño.

En el Japón las cosas son no diferencias verbales que «nosotros ponemos en ellas», sino colores que los japoneses ponen en cada una, en un alarde de simplificación y exactitud definitivas. El japonés vive mejor, más a gusto, inmerso en una orfía de colores que en una orfía de palabras. Entiende que un color mismo sea el resultado único de colores distintos es invariable en lo que simboliza: un sentimiento, una idea social o política, un vicio o una cualidad de la naturaleza humana. (Pyresa).

ALBERTO CREPO

INSPIRACION

Se han elaborado brillantes teorías en torno al concepto de lo que sea la inspiración. Incluso esas de consumo infantil —las que más consumimos los mayores— insertas en las páginas de los «tebeos». Ya saben, aquellas en las que, cuando el héroe se encuentra en apuros, o ante una situación en extremo delicada, recibe una idea salvadora, en forma de bombilla encendida, de no sé sabe dónde.

Este «no sé sabe dónde» puede ser el origen de todo, y no vacilo un punto en aceptarlo así. Pero el resto... Nunca he tenido noticia de un carpintero —profesión que admito y con frecuencia envidio— que, gracias a la «inspiración» momentánea y circunstancial, escribiese algo parecido al «Quijote», o de un futbolista —idem de lienzo— que diese a luz una sinfonía para orquesta, o cualquier otro caso parecido, porque la relación podría ser infinita, apenas variemos la dedicación habitual de cada persona.

Las figuras destacadas en cada parcela, en cada campo del quehacer humano, sobresalen, si lo consiguen, precisamente en lo suyo, en lo que hacen todos los días. Que lo hagan mejor que los demás no creo que sea inspiración, sino talento. Y muchos de ellos, cuando hablan al respecto, insisten en la necesidad de trabajar siempre.

Algunos artistas muy importantes tienen hasta su horario

concreto, y lo cumplen de una manera inflexible, pase lo que pase —dentro, claro es, de lo razonable y de lo que depende de ellos—, como las horas de las comidas o del descanso. Eso es lo importante. Con esa dedicación cotidiana, algunas jornadas quedarán plenamente satisfechos de su tarea —un cuadro, el capítulo de una novela, parte de un edificio, un tiempo para un concierto, lo que sea— y otros, en cambio, se enfadarán consigo mismos y romperán incluso lo realizado para partir de cero en la sesión siguiente.

Esta es la lucha permanente del creador. Fiarle a la inspiración como una fórmula más del azar, significaría tanto como limitar, reducir, supeditar, encasillar su obra. Habrá días claros, luminosos, propicios, favorables, en los que todo saldrá bien, y otros oscuros, grises, «negados», adversos, en los que nada de lo que se haga convencerá a su autor.

Pero esta es precisamente la grandeza del arte, de la creación; lo que le diferencia del resto de los cometidos humanos. Un escritor conocido se quejaba una vez de esto: «¡Qué inspiración ni qué! —con perdón— narices! Trabajo y sólo trabajo». Estoy de acuerdo. Trabajo, incluso en aquellos días en los que apetece dar ni golpe. Pero... (Pyresa).

GAYTAN

TIEMPO DE OPINION

EN PEREGRINACION

Y hablando del diferente ancho de vía, según que usted vaya hacia o venga de París, parece que los partidarios de que se españolicen ellos tendrán que ir enrollando el equipaje dogmático y dejarse ganar la partida por los propugnadores de que nos europeemos nosotros. Y si no, al tiempo, década más o menos. La Europa de los Diez viene a ser un segundo aviso que no va a haber quien desolga por sorda y extravagante que se empecine en el modo de entender el reglamento de la fiesta. Es Europa la que va a raptar al toro; esto se ve venir y no va a haber viejos aficionados que lo paren.

Porque esa Europa, por muy Europa de los tenderos que sea, y precisamente por eso, va a poner cada día más nerviosos a los tenderos de aquele los Pirineos (que venimos a ser todos, por mor de la interdependencia socio-político-ético-económica), y las presiones sobre los padres y los abuelos y los cuñados de la Patria van a llover y no va a haber originalidad ni idiosincrasia que valga, ni Felipe II pásame usted el río cuando se trate de homologar el «import» con el «export» y las macrocifras con las macromagnitudes. Veo a los hombres de negocios yendo en peregrinación a don Blas Piñar para que nuestra jamás desmentida oficialmente vocación europea se convierta en aptitud.

Ojalá que así sea y que ustedes y yo lo veamos.
(De Máximo, en «Pueblo»)

INFERIOR AL COSTE

Pocos lectores se dan cuenta de que cuando compran un periódico lo compran a un precio muy inferior al de coste, y que si hay diarios que pueden permitirse esta anomalía comercial es por que venden el periódico dos veces, una al anunciante y otra al lector. Los monstruosos precios de producción de un periódico aumentan en una progresión que jamás ha ido paralela al aumento del precio del ejemplar y los Gobiernos del mundo, que saben que la Prensa es un servicio público, tratan de aliviar la situación. En Francia, los periódicos gozan de importantes preferencias postales y de ventajas fiscales importantes, pero sólo periódicos como «Figaro», que obtiene el 78 por 100 de sus gastos de su cartera de publicidad, o «Le Monde», que tiene asegurado en el mismo capítulo, los dos tercios de coste del ejemplar, pueden defenderse.

LA FE UNITARIA

Hermoso título para no menos hermoso artículo el que Pearl S. Buck escribe en el dominical de «ABC». «Creo en una sola raza: la raza humana».

También yo creo en esa sola raza. Y creo, igualmente, en una sola justicia, en una sola maldad, en una sola bondad. Como creo en un solo Dios y en un solo destino; en una sola tolerancia, una sola libertad, un solo respeto al prójimo, una sola igualdad ante el derecho, una sola paz entre los hombres.

Con las discriminaciones comienzan también las perturbaciones. Autoridad en la libertad y justicia en el orden son complementos de esta fe. Única e irremplazable que distingue lo que está bien de lo que está mal.

(De las Voz de Galicia)